

# 01 LA REVOLUCIÓN HUMANA

Pensar el futuro desde la conciencia colectiva

*"El criterio humano es la única tecnología  
que no se puede automatizar."*

NAHUEL PINTOS

*La*  
*Revolución*  
**Humana**

---

Pensar el futuro desde la conciencia colectiva

## ***El simulacro y la sospecha***

### ***Vivimos hiperconectados y aislados al mismo tiempo.***

Nos acostumbramos a medir el progreso en gigabytes, velocidad de carga y actualizaciones de software. Silicon Valley nos entrenó para aceptar que el futuro es algo que se compra, que viene empaquetado y que se experimenta a través de una pantalla cada vez más brillante. Nos vendieron la comodidad como el valor supremo: si no requiere esfuerzo, si se resuelve con un toque en el vidrio, entonces es mejor. En ese camino fuimos entregando, casi sin darnos cuenta, los espacios donde la vida transcurre con toda su imperfección. La discusión ruidosa de café, la improvisación de una tarde en la plaza, el cruce imprevisto en la vereda. Todo fue prolijamente reemplazado por un simulacro optimizado por algoritmos.

Detrás de conceptos como “capitalismo de vigilancia” o “infocracia”, que la academia usa para describir esta época, late una realidad que cualquiera que camine la calle intuye por puro olfato: el sistema nos quiere hiperconectados y aislados al mismo tiempo. Un usuario solo en su búnker digital, consumiendo contenido diseñado específicamente para lamerle sus propios sesgos, es un usuario predecible, moldeable, dócil.

Este libro no nace del resentimiento ciego hacia la tecnología ni de la fantasía romántica de romper las máquinas para volver al siglo diecinueve. El acceso a la información es un poder enorme. La pregunta no es técnica, es política: ¿quién tiene el control de ese poder? Frente a la inercia del aislamiento programado, la única salida es la conciencia colectiva. No necesitamos manuales de sociología para entenderlo. La respuesta está en el barro de la realidad, en el sedimento de la experiencia común y en la capacidad de levantar la cabeza para mirar al frente.

---

CAPÍTULO 01

---

# 01

## La esquina

*El contrabando y el límite*

Imaginemos por un momento el año 2040. Las corporaciones de streaming lograron el monopolio total de la cultura. Ya no existen los libros físicos, los discos ni los cines de barrio; todo el arte del mundo está metido en una nube centralizada que decide qué podés ver y qué se borra según las leyes de la rentabilidad o los cambios de humor de la corrección política de turno. En esa ciudad hipercontrolada, la verdadera resistencia ocurre en una esquina cualquiera, a las tres de la mañana. Dos personas se cruzan abajo de un farol. Una saca un bulto pesado de la campera: un libro viejo, con las páginas amarillas. Se lo pasa a la otra en silencio. No hay transacciones digitales, no hay registros en bases de datos. Es contrabando de papel.

Esta imagen funciona como símbolo, pero la vereda no es igual de amable para todos. Es fácil idealizar la resistencia callejera cuando se tiene el tiempo y la seguridad para habitarla. Sin embargo, el diseño del sistema extractivo está pensado, justamente, para que la desconexión sea un privilegio de clase. Para el tipo que labura doce horas arriba de un colectivo o la madre que vuelve corriendo a la noche por un barrio a oscuras en el conurbano profundo, la esquina no es un espacio de poesía o contrabando cultural; es un territorio de alerta, de intemperie y de peligro.

La alienación digital no se soluciona mandando a todo el mundo a la calle de forma ingenua. El boicot al simulacro empieza por reconocer que el sistema nos quita el tiempo libre y la seguridad material para que la única opción accesible de descanso sea tirarse en un sillón a scrollear una pantalla hasta anestesiarnos. Poner el cuerpo es, primero, pelear por el derecho al tiempo y al espacio propio. La Inteligencia Colectiva no nace de la contemplación estética, sino de la organización que se arma cuando la intemperie aprieta.

CAPÍTULO 02

---

# 02

## El bar

*El murmullo sin romance*

Hay un sonido específico que las computadoras no pueden replicar: el murmullo de un bar de barrio a mitad de la mañana. El ruido de los cubiertos, el diario doblado sobre la mesa, la discusión que va y viene. Ese murmullo es el registro físico de la imperfección humana. En los entornos digitales buscamos la solución óptima, rápida, masticada. La máquina procesa datos a velocidad luz, pero no tiene estómago, no tiene calle. No late. El conocimiento que circula en una mesa es horizontal, ruidoso y está vivo.

El pasado analógico no era un paraíso de hermandad. Ese mismo bar de gallegos, que hoy miramos con nostalgia, fue históricamente un espacio de exclusión, un territorio cerrado donde a una mujer sola se la miraba de reojo, donde las identidades disidentes no tenían lugar y donde el prejuicio se hamacaba con la misma impunidad que hoy vemos en un hilo de Twitter. La vereda vieja también cargaba su propia violencia.

Lo que rescatamos de esos espacios no es la época, ni sus costumbres, sino la fricción. En el bar, a diferencia de la red social, no podés bloquear al que piensa distinto con un botón ni denunciarlo para que desaparezca de tu vista. Tenés que escucharle la voz, mirarle los gestos, bancarte el contraargumento y convivir con la incomodidad de la diferencia. El algoritmo de Silicon Valley nos debilita porque elimina el conflicto real y lo cambia por una simulación de pelea digital que solo genera clics. El bar, con toda su aspereza, nos obliga a la convivencia física. Y ahí es donde el pensamiento madura.

CAPÍTULO 03

---

# 03

## La plaza

*La mirada interceptada*

Caminar hoy por la plaza del barrio es ver cómo la atención fue expropiada. Personas que comparten el mismo banco pero eligen encerrarse en sus rectángulos de vidrio, chicos con la mirada clavada a cuarenta y cinco grados, atrapados en la inercia del scrolleo mecánico. Nos convencimos de que el afuera es un territorio puramente hostil del que hay que desconfiar, y el mercado aprovecha ese miedo legítimo para vendernos el refugio digital como la única alternativa de paz.

El valor de levantar los ojos no está en buscar una postal idílica de la naturaleza, sino en practicar un realismo sucio. Mirar al frente en la plaza significa ver la realidad con toda su crudeza: es notar el banco roto que el municipio abandonó, seguir con la vista al pibe que junta cartones en el contenedor de la esquina bajo el sol del mediodía, o registrar la tensión silenciosa entre dos personas que discuten por un laburo en la parada de la plaza.

Levantar la cabeza no es un acto de evasión poética; es un ejercicio político. Al mirar al cartonero, al registrar la falta de luz o el descuido común, la pantalla deja de ser un entretenimiento y se revela como lo que es: un analgésico que nos tapa la realidad para que no nos hagamos cargo de ella. El juego de la improvisación con el entorno sirve para dejar de esquivar el mundo a través del teléfono. Cuando la complicidad del ojo se comparte con el que está al lado, la conciencia colectiva deja de ser una abstracción y se convierte en la necesidad urgente de organizarse en el territorio compartido.

# 04

## El apagón

*Escribir en la hoja en blanco*

Imaginemos una mañana cualquiera. Te despertás, estirás la mano hacia la mesita de luz y agarrás el celular. Lo tocás y no reacciona. Pensás que se quedó sin batería, lo enchufás, pero la pantalla sigue negra. Mirás el módem de internet y las luces fijas están apagadas. Te asomás a la ventana y ves al vecino de enfrente en el balcón haciendo el mismo gesto, mirando un pedazo de vidrio muerto con cara de desconcierto. No es un problema de tu casa; un fallo crítico en los servidores globales o una tormenta solar suspendió internet en todo el planeta. No hay mensajería instantánea, no hay billeteras virtuales, no hay mapas satelitales. La pantalla del mundo se borró por completo y te encontrás sosteniendo una hoja en blanco. El sistema te acaba de imponer cuarenta y ocho horas de desconexión forzada.

La urgencia que aparece en ese instante no es técnica, sino existencial. Cuando el GPS ya no te guía, la orientación vuelve a depender de los carteles de las esquinas y de la memoria de las calles. Al desaparecer el scrolleo mecánico que tapa los baches del día, el silencio se vuelve denso y el ruido de afuera se vuelve nítido. Sin una aplicación que resuelva el suministro a domicilio, el abastecimiento exige caminar hasta el almacén, mirar a los ojos al tipo que atiende y preguntar qué queda en los estantes. El apagón destruye el simulacro de autosuficiencia y devuelve la física de la existencia.

*"Cuando la infraestructura colapsa, lo que queda al descubierto no es el vacío, sino la red de carne y hueso que siempre estuvo ahí abajo."*

Las primeras horas exponen nuestra fragilidad: la abstinencia del control, el olvido de los números de teléfono de las personas que queremos, la parálisis de no saber cómo transaccionar sin un entorno digitalizado. Pero enseguida se activa una dinámica de emergencia. Al caerse las redes corporativas, el boca en boca recupera su función logística. El vecino del primero le avisa a la del tercero sobre el estado del agua; el canillita transmite la información que le dejó un colectivo.

El barrio se reorganiza como un telégrafo humano, una infraestructura analógica que no depende de cables de fibra óptica sino de la voluntad de caminar, de la palabra empeñada y de papeles escritos a birome que viajan de mano en mano. Para que la información circule en el apagón, es obligatorio confiar en el otro, mirarlo a la cara y establecer un pacto mínimo de cuidado. Esta experiencia de fragilidad compartida revela que la comunicación nunca fue una cuestión de bytes o velocidad de carga. Cuando la infraestructura colapsa, lo que queda al descubierto no es el vacío, sino la red de carne y hueso que siempre estuvo ahí abajo sosteniendo el peso de los días.

CAPÍTULO 05

---

05

# El tejido invisible

*La trampa de lo perfecto*

Silicon Valley construyó un mito eficiente: que la máxima evolución de la mente es la Inteligencia Artificial. Nos muestran centros de cómputo capaces de procesar millones de datos por segundo y nos inducen a creer que el porvenir se gestiona de manera individual frente a un procesador. Pero esa velocidad de cálculo responde a una lógica estrictamente corporativa. El peligro de estos dispositivos no radica en una supuesta maldad de los cables o en que los algoritmos piensen en cómo hacernos daño; la tecnología no tiene intenciones. El problema es el negocio que financia su diseño: un sistema aceitado para succionarnos el tiempo y limar cualquier discusión molesta que trabe la rueda del consumo.

Al interactuar con estos modelos de lenguaje, el entorno digital elimina la fricción. La interfaz devuelve respuestas pulidas, estadísticamente impecables, diseñadas para satisfacer la demanda en un milisegundo y mantener al usuario dentro de su propio bucle. En esa validación constante se clausura el contrapunto del debate real. La respuesta automatizada se acepta como una verdad absoluta y se atrofia la reacción intuitiva de no tragarse la respuesta sin masticarla.

Este simulacro tiene un límite temporal concreto. Trabajando frente a la pantalla en una tarea de análisis, no hace mucho, noté una inconsistencia profunda en la respuesta de un modelo de IA. Al rastrear el origen del error, la explicación fue puramente técnica: los datos de entrenamiento de la máquina estaban congelados en el año 2024. Yo estaba operando en el 2026, atravesando los problemas económicos, las dinámicas sociales y el pulso de mi presente, pero la plataforma pretendía resolver la situación con una foto fija de dos años atrás. Tuve que ser yo, el operador humano con contexto histórico y experiencia corporal, el que corrigiera su lógica.

Ahí se revela el verdadero sesgo: la IA se alimenta de los residuos del pasado de internet, incluyendo sus datos falsos, sus errores y sus prejuicios empaquetados. Al aceptar sus conclusiones sin mediación crítica, no estamos avanzando; estamos delegando la interpretación del presente en un archivo muerto gestionado por una corporación. La máquina procesa los datos de lo que ya pasó, pero la conciencia colectiva es la única capaz de interpretar el pulso de lo que está ocurriendo ahora. El debate humano es imperfecto, ruidoso y conflictivo, pero es el único territorio donde el pensamiento se mantiene despierto.

CAPÍTULO 06

---

# 06

## Los santuarios

*Buscar más allá del doble clic*

El diseño de las plataformas está orientado a suprimir el esfuerzo. El scroll infinito evita que tengas que pasar de página, el botón de compra agiliza el gasto y la respuesta automatizada ahorra la investigación. Al eliminar la fricción entre el deseo y el consumo, se pierde la profundidad del pensamiento. Si una duda no se resuelve con un doble clic en cinco segundos, tendemos a abandonarla. En esa inmediatez se sacrifica la densidad del razonamiento.

La resistencia frente a esta simplificación requiere de espacios físicos donde el ser humano sea el eje de la experiencia y no un perfil de datos monetizable. Esos santuarios analógicos resisten en las bibliotecas populares, en los clubes de barrio y en los centros culturales autogestionados. Entrar hoy a una biblioteca pública es un acto de demarcación territorial. Es ingresar a un entorno con reglas opuestas a las de la red: no hay pantallas parpadeando para fragmentar la atención, sino un silencio denso que permite sostener el hilo del pensamiento. Los libros no se ordenan por un algoritmo de recomendación personalizada; están ahí, fijos en estantes de madera, dialogando entre sí a lo largo de las décadas.

En la biblioteca, la búsqueda exige poner el cuerpo. Implica recorrer el pasillo, dejarse guiar por el olfato, abrir un ejemplar al azar y encontrar, quizás, una anotación manuscrita dejada por un lector anónimo años atrás. Esa también es una forma de inteligencia colectiva: un hilo invisible de lectura que une a personas desconocidas a través del papel y el tiempo.

El freno contra la reactividad digital es el sentido común. El sentido común no es una intuición mística ni viene preinstalado de fábrica; es el sedimento que queda después de la experiencia vivida, de la lectura lenta, del debate cuerpo a cuerpo y de la capacidad de suspender la reacción inmediata. Las plataformas necesitan el impulso constante: el clic rabioso, el comentario instantáneo, la validación veloz. El algoritmo vive de la velocidad; el sentido común exige la pausa. Recuperar los espacios analógicos es proteger esa reserva de pensamiento reflexivo para obligarnos a decidir con la cabeza limpia, asumiendo la responsabilidad y el peso de nuestras propias elecciones.

CAPÍTULO 07

---

07

# El manifiesto

*La revolución humana*

Este recorrido por los espacios de fricción no nace del rechazo ciego a los avances técnicos. El acceso democrático a la información es un recurso de una potencia inédita en la historia humana. El conflicto no es con la herramienta, sino con el modelo político que la instrumenta: una arquitectura diseñada para que la comodidad individual tape la necesidad de organizarse con el de al lado. Nos pasamos las últimas décadas esperando que el próximo hito tecnológico solucionara las crisis de nuestra época, aceptando la premisa de que el progreso se define en los laboratorios de Silicon Valley a través de la velocidad de los procesadores o la complejidad de los entornos virtuales.

Esa lectura está rota. El próximo cambio significativo no va a ser industrial ni tecnológico. Va a ser la revolución humana.

*"El porvenir no está programado por un software predictivo; sigue siendo una hoja en blanco que se escribe en la calle, cuerpo a cuerpo, de boca en boca."*

La vanguardia de los próximos años no dependerá de los dispositivos que logren procesar más información en menos tiempo, sino de las comunidades que decidan conservar la capacidad de dudar, de poner el cuerpo y de sostener el conflicto de la convivencia real. La revolución humana es la organización de lo imperfecto, de lo latente, de todo aquello que desborda la lógica binaria de unos y ceros.

Esta transformación se opera en decisiones mundanas, cotidianas y locales. Se activa al sostener el encuentro en la esquina a pesar de la intemperie, al defender el murmullo áspero del bar frente al aislamiento de la pantalla, al levantar la vista en la plaza para reconocer el entorno roto y organizarse con el vecino para transformarlo, y al usar el sentido común como un escudo frente a la urgencia artificial de las notificaciones.

El poder de la información ya está disponible en el bolsillo. Lo que urge recuperar es la soberanía de la conciencia. El porvenir no está programado por un software predictivo; sigue siendo una hoja en blanco que se escribe en la calle, cuerpo a cuerpo, de boca en boca, cada vez que decidís apagar el simulacro, mirar de frente y construir con el que está al lado.

## **Las lecturas que sostienen este barro**

Este ensayo no brotó de la nada. Hay gente que viene estudiando esto con más años y más rigor. Las coordinadas, de boca en boca:

### **SHOSHANA ZUBOFF**

*The Age of Surveillance Capitalism* — Explica cómo las corporaciones convirtieron nuestra conducta humana en materia prima gratuita para predecir nuestros mercados.

---

### **BYUNG-CHUL HAN**

*Infocracia · Psicopolítica* — Detalla cómo la pantalla nos explota haciéndonos sentir falsamente libres.

---

### **EVGENY MOROZOV**

*Ensayos sobre solucionismo tecnológico* — Viene desarmando la mentira de que la tecnología va a arreglar los problemas políticos del mundo.

---

A ellos mi respeto, y a vos, el dato pasado de mano en mano.